

Cobijar con libertad

Por: José Antonio Arguijo Ávila (México, 2002)

Un viernes en la mañana me desperté rápidamente, había tenido un sueño. Uno de esos en los que crees que estabas realmente en medio. De los que se sienten reales. Soñé que mi amigo Lucas se perdía en el campo, ¡pobre de mi amigo Lucas! Lo conocí gracias a internet, él vivía en Honduras y es un excelente chico. Todos los días platicábamos por mensaje, hasta que un día me dijo que tenía que venirse a México con su mamá porque la situación en su país estaba cada vez más difícil.

Por dentro me alegré que viniera para México, pero pensé bien y realmente era muy difícil que pudiéramos toparnos. Él debía cumplir su objetivo.

“Ricardo, hoy es el día en el que me voy. Deséame mucha suerte. Cuando pueda volverme a poner en contacto contigo lo haré. Te aprecio, amigo”. Decía su mensaje de despedida.

Se me rompió el corazón de inmediato. Comencé a ponerme nervioso. Dicen las noticias que muchas de las personas que emigran no tienen un buen futuro. Y yo no quería eso para él ni para su mamá.

Pero logré controlarme al recordar las tan bonitas palabras motivacionales que Lucas me decía cuando me sentía mal: “Recuerda que sea cual sea nuestro destino, ya estaba escrito. ¿Ya cumpliste todos los sueños que llevas en tu corazón? Si tu

respuesta es que no, entonces no te agobies que todavía tienes mucho que vivir hasta que los cumplas”. Él soñaba ser un gran pintor, y debía estar bien para en el futuro poder serlo. Lucas siempre tenía otra perspectiva de la vida y la muerte, muy superior a los demás chicos que conocía.

Estuve esperando un mensaje de él por más de tres meses, hasta que un día llegó. Un viernes en la noche. Decía: *“Lucas, finalmente pude ponerme en contacto contigo. He llegado a México. Mi mamá tuvo que ser interrogada por oficiales, y después nos llevaron a una oficina para arreglar unos asuntos. Saliendo, mi mamá me dijo que el gobierno nos brindaría un asilo temporal y que no debía preocuparme. No pude escuchar todo lo que hablaba con las personas, porque me habían pedido que esperara afuera. Pero, en general todo está bien. Hace dos días nos trasladaron al albergue, y apenas hoy me di cuenta que en un rincón había dos computadoras con internet, afortunadamente. Posiblemente nuestra conexión no sea tan constante como antes, pero cuando pueda te enviaré un mensaje para decirte que estoy bien. Esto no es tan malo como pensaba. Te aprecio”*.

Me llené de alegría por él. Estaba más tranquilo. Deseaba con todas mis fuerzas que su situación mejorara. Toda su vida había batallado económicamente, pero en los últimos años las cosas se habían puesto muy difíciles. Su mamá era la única que se hacía cargo de él, que tomaba la valentía y la fuerza de luchar por conseguir un futuro mejor para ambos. Qué admirable.

Por un momento imaginé un mundo diferente, y volví a marear ese pensamiento que tenía desde hace años: ¿Qué pasaría si no existieran fronteras entre un país y otro?, ¿Por qué los límites? Se supone que todos somos iguales. Todos somos humanos, el mundo fue hecho para nosotros. No hay necesidad de regresar a la fuerza a alguien a un país en donde no quiere vivir ya. ¿Y si no existieran las nacionalidades?, ¿las etiquetas? en donde no te discriminaran por tener un acento distinto. ¿Por qué

tiene que ser tan caro viajar a otras partes del mundo? ¿La VISA tiene que ser nuestro permiso para poder ser libres de viajar por el mundo?, ¿por qué si el mundo es de todos, y deberíamos ser libres de ir a cualquier parte sin permiso de nadie?

Todo sin duda se debe a las reglas que imponen los gobiernos. El mundo real funciona diferente. Pero yo jamás pierdo ese anhelo que tengo en mi corazón. Ese anhelo de que el mundo sea tan libre como realmente debe ser. Estoy seguro que la humanidad está por experimentar un gran cambio, cada vez lo siento más cerca, y sé que será muy enriquecedor para todos.

Con el paso de los días, Lucas me contó que había logrado conseguir tres amigos. El albergue en donde estaba permitía a los niños estar en un parque libre que se encontraba cerca. Claro que tenían suficientes medidas de precaución para cuidar de los niños y evitar que se extraviaran. Lucas encontró a tres agradables muchachos mexicanos y de inmediato se cayeron bien. Marcos de 17 años, Ramiro de 16, Agustín de 14, y él de 16. Él les platicó que una de las fuentes alimenticias más importantes de Honduras es la tortilla. Ramiro se sorprendió mucho porque creyó que la tortilla solamente era básica en México. Compartieron muchas anécdotas y costumbres de sus países. Lugares hermosos, formas de vestir, comidas deliciosas. Fue una plática muy enriquecedora.

Lucas me dijo: *“Estoy realmente contento de estar aquí, no sé cuánto tiempo nos permita México refugiarnos, pero quiero disfrutar lo mejor posible. Me dio mucho gusto platicar con los chicos, aprendí mucho de ellos, y ellos de mí también. Pensé en lo ventajoso que es para un país recibir a personas de otras partes del mundo, ya que enriquecen el conocimiento de todos los ciudadanos y los ayudan a descubrir*

las maravillas que existen en otros lugares. Siempre es bueno acoger dulcemente a los vecinos. Cada cultura tiene su pizca que es fundamental para la humanidad”.

Tenía mucha razón. Si eres cordial con alguien, puede que te des la oportunidad de conocer a esa persona y adquirir un gran aprendizaje. Si los gobiernos de los países pensarán como Lucas, seguramente habría mucho mayor enriquecimiento cultural, moral, económico, y avanzarían un paso muy importante: la inclusión.

Pero lo que me daba más gusto era que Lucas estaba muy bien. Era feliz en México, y yo me sentía más cerca de él pues nos separaban solo algunos estados.

Pasaron los meses y nuestra conexión continuaba vigente y constante, Lucas me decía que sus amigos estaban muy contentos por todas las cosas que él les platicaba de Honduras. Es más, en el comedor del albergue le dieron oportunidad de cocinar una de sus comidas favoritas: “Ticucos hondureños”, que es uno de los platillos típicos de su país especialmente en semana santa, para compartir con todos. Me platicó que por poco se le hervían de más, pero afortunadamente los sacó a tiempo. Recibió muchos buenos comentarios por su comida. Me dieron ganas de ir allá con una vasija para que me diera un poco.

Aunque ni él ni su mamá tienen idea de cuál será su futuro en los próximos años, ambos están confiados en que todo estará bien. El hambre por el cambio les permitió encontrar un estilo de vida mejor, y conocer a gente maravillosa en el camino. México los recibió con los brazos abiertos. Ambas partes aprendieron mucho del otro.

Espero que algún día todos los países del mundo se den cuenta que ser hermanos con un corazón bondadoso es muy importante para que la humanidad avance en

valores, aprendizaje y desarrollo. Debemos cultivar nuestras tierras de diferentes tipos de especies para descubrirnos, retroalimentarnos y avanzar juntos.

Y ser comprensibles a la hora de que alguien viene huyendo porque busca en nuestras tierras un estilo de vida mejor. Para él y su familia.

Sin duda, Lucas llevará en su corazón a México cuando logre ser aquel pintor que siempre soñó, plasmará sus experiencias en obras de arte y cada vez que alguien le pregunte sobre la esencia de sus obras, él dirá: *“Hablan sobre un chico que junto a su mamá encontraron refugio en un país muy hermoso”*. Confío en que así será.

Mañana, después de tres años de conexión online, nos veremos finalmente en persona. Me ha dicho que llevará un cuadro que pintó inspirado en mí, y yo le he dicho que he comprado una docena de tamales para comer. ¡Estoy muy emocionado!